

**Alfonso Bolado**

## **Posverdad, o la mentira decorosa**

(Página Abierta, 248, enero-febrero de 2017).

Pues sí, resulta que el diccionario Oxford ha definido como palabra del año 2016 el término *post-truth*, que ha sido trasladado con pompa a nuestro román paladino como “posverdad”. Debería darnos vergüenza usar este palabro, pero cuando se trata de incorporar préstamos del inglés ya la hemos perdido. ¡Hasta aceptamos *Black Friday* para una repelente orgía consumista, y no lo traducimos porque en nuestro idioma eso de “Viernes negro” suena bastante ominoso! En fin, como dijo Antonio de Nebrija en su *Gramática* (1492), “la lengua es la compañera del imperio”.

¿Y qué es la posverdad? Pues es esa situación, sobre todo sociopolítica, que es fruto de incitaciones emocionales y no de una ponderación sensata de los datos de la realidad. Es lo que en tierra de garbanzos se ha llamado siempre manipulación. Se trata de una palabra mal construida, al menos en castellano, pues ninguna de las connotaciones del prefijo *post* ligan con el sustantivo “verdad”: esta palabra tiene un sentido absoluto, por mucho que cambie a lo largo del tiempo (una cosa que hoy es verdad mañana puede no serlo) o del espacio discursivo (como sucede con la expresión “medias verdades”, que no es más que una yuxtaposición de verdades y falsedades).

En otras palabras, después de la verdad no hay nada: la mentira en sus distintos significantes (falacia, fraude, embuste...) no viene después de la verdad; estará al lado, o en oposición, pero nunca forma parte de ella. Además, los inventores usan la palabreja como adjetivo (“política posverdad”), aunque aquí se suele usar como sustantivo, en coherencia con el sustantivo “verdad”, pero en contra del uso anglosajón. Cosas veredes, amigo Sancho, que harán hablar a las piedras.

Así que su éxito no se debe a lo bien construida que está. ¿Responde a la necesidad de definir algo nuevo? Pues uno se malicia que no. Sin embargo, ¿responde a alguna necesidad? Pues uno se malicia que sí: a la de ocultar bajo la capa prestigiosa de la palabra “verdad”, la vieja, obscena y siempre presente demagogia, que ya conocían los griegos. Lo único nuevo es que este modo de manipulación de las conciencias cuenta hoy con la caja de resonancia de la televisión y las redes sociales.

Pero el término oculta sobre todo su carácter sesgado. Lo hace actuando en contra de una verdad establecida, la cual se da por correcta, aunque solo lo sea para las clases dominantes. Así, argumentos como “los emigrantes son delincuentes y nos roban el trabajo” o “la globalización mercantil arruina nuestra industria” son típicos de la posverdad, pero otros, como “el sistema público de pensiones es insostenible” o “para crear empleo hay que facilitar el despido” no lo son: forman parte de la verdad verdadera, la definida por el sentido común, y se puede hacer demagogia sobre ellos; se hace de hecho, movilizand o pasiones tan poco gallardas como la insolidaridad o el miedo. *Brexit*, Trump: posverdad. Rajoy, Fillon: no.

Además, al caracterizar con ese término determinados comportamientos políticos, se eluden, en primer lugar, otros más adecuados, como demagogia, fraude o incluso criptofascismo, que expresan mejor los orígenes, desarrollo y contenidos de unas políticas que, más que otra cosa, reflejan las patologías a las que el sistema neocapitalista ha llevado a la sociedad; en segundo lugar se elude la discusión sobre cuestiones que deberían ser debatibles, como los tratados de libre comercio o la licitud de la deuda; y en tercer lugar se enmascaran los atentados a la democracia y a la libertad de pensamiento que está provocando la globalización financiera y el aumento de las desigualdades.

¿Cuánto tardará en implantarse aquí el palabro? Es de suponer que poco, dado el papanatismo lingüístico que domina en el país de la *Madrid Fashion Week* o del *Campus Party* de Valencia. Solo hay un obstáculo y es que aquí nos hemos sacado de la manga un término del que sabemos tan poco como del de posverdad y que utilizamos con la ignorante suficiencia y el desparpajo que caracteriza a nuestra idiosincrasia: el populismo, que nos sirve tanto para la derecha más recalcitrante como para la izquierda más o menos moderada que nos queda.

No es de extrañar que para la Fundeu este sea el término del año en nuestra piel de toro.